

# Hacia una filosofía literaria: *La frágil frontera de las palabras de Pablo Lazo*

 El esfuerzo por recapitular la filosofía en favor de la literatura es una de las tareas que muchos intelectuales han buscado desarrollar en los últimos años. Ciertamente, el esfuerzo tradicional de filósofos y científicos, *por ir más allá o más acá del lenguaje*, con la pretensión de descubrir la verdad, que es ajena al tiempo o a la persona, ha fracasado. Por ello, existen propuestas sobre una cultura posfilosófica en la poesía y literatura como hilo conductor del progreso cultural.

Uno de los reclamos más agudos a este respecto lo podemos encontrar en *La frágil frontera de las palabras. Ensayo sobre los (débiles) márgenes entre filosofía y literatura*,<sup>1</sup> en la que Pablo Lazo Briones plantea de forma rigurosa la gravedad del problema.

El autor expone en la introducción de su obra los diversos nudos que han sido atados a lo largo del tiempo con la finalidad de sobreproteger los discursos tradicionales, a fin de impedir, por medio de un fortín argumentativo, la navegación de otros saberes en el interior de ellos, pues se corre el riesgo de que sean removidos y descompuestos. Es decir, el problema queda como tal desde el momento en que el hombre se encamina a averiguar si la filosofía puede ser leída como literatura o viceversa, sobre todo porque ambas han sido enmarcadas de manera tajante en un concepto restrictivo,

1 Lazo, Pablo (2006). *La frágil frontera de las palabras. Ensayo sobre los (débiles) márgenes entre filosofía y literatura*, México, Siglo XXI/UIA.

que por tradición se ha venido manejando y que delimita su campo de acción.

Siguiendo esta línea de pensamiento, encontramos que el texto es una clara denuncia del absolutismo restrictivo y delimitante que por mucho tiempo han adoptado ambas disciplinas por medio de un lenguaje sistemático y con sólida armazón, a lo que se responde que no puede existir una sistematicidad total que pueda delinear los límites, o la ausencia, entre filosofía y literatura. He aquí la intención de la obra, pues se trata de una crítica al problema de los márgenes entre dichos discursos.

Esta crítica que Pablo Lazo realiza está basada en la unión de ideas emitidas por escuelas e individuos diversos, lo que no quiere decir que caiga en un eclecticismo desmesurado, sino que con su propia opinión, medida sólida y sustentablemente dicho argumento. Así, el problema puede encausarse por dos vías: la hermenéutica y la deconstrucción. La primera aporta la descripción de las condiciones de posibilidad del acto interpretativo de los discursos; y la segunda abre el terreno de este acto a los textos mismos y los devela como eventos que retardan o postergan su sentido en una dinámica siempre problemática.

Cuando se asimila esta propuesta, viene a la mente la pregunta ¿podemos abordar el problema desde una óptica interdisciplinar? Una respuesta afirmativa llevaría a integrar en un sólo sistema o acuerdo las distintas formas de hacer discursos. Sin embargo, el mismo autor responde que se trata más bien de una idea transdisciplinaria, pues la conclusión que se propone es justamente la de no poder nombrar un juego del lenguaje que nunca descansa, que nunca está bajo la tutela de un método que lo define o de un acuerdo que genera resultados permanentes, sino provisionales.

Ahora bien, para alcanzar una mejor comprensión del problema planteado, Pablo Lazo inicia su obra con una delimitación de lo que nos entretiene en su de-limitación, o lo que es lo mismo, es necesario explicar qué se entiende, en el plano generalizado de la cultura académica, por filosofía y qué por literatura. De este modo, dice Lazo:

En una acepción aproximativa, el sentido común entiende por literatura una actividad de recreo que no tiene implicaciones en el mundo de la vida seria, en el mundo del trabajo, en el mundo productivo de las relaciones "comprometidas y laboriosas" cotidianas. De hecho, la literatura se entiende como un escape merecido a la rutina diaria, un divertimento recuperador de las fuerzas vitales propias del trabajo "adulto". En cambio por filosofía se concibe una disciplina

seria, que habla de cierta sabiduría de la vida o de cierta profunda versión del mundo, insospechada para los legos, recia en sus conceptos y quizá radical en sus aplicaciones para el mundo de la vida.

(Lazo, 2006: 34-35)

Bajo esta visión se ha recreado una imagen del literato y del filósofo que hace de él un personaje romántico y elegante, capaz de convencer y excitar con sus palabras a las más altas esferas humanas, pues el motor de su pensamiento es el corazón, los sentimientos y las emociones; mientras que en el segundo, la agudeza, la ironía y la desfachatez acompañan a la razón y lo hacen una biblioteca ambulante que puede encontrar respuesta a cualquier pregunta. Por tanto, el camino propuesto con respecto a la posibilidad de despejar el problema de la diferencia entre filosofía y literatura supone despojarse del temor al equívoco, pues tanto las más brillantes interpretaciones como los más oscuros y tergiversados enjuiciamientos están a la par, en tanto que se puede acertar o se puede errar, sobre todo porque no existe un parámetro contextual o una piedra monolítica de donde emanen las significaciones o a los que se dirijan todas las miradas en busca de una conclusión única. En vista de ello, agrega Lazo, "el espíritu del autor no puede flaquear, ni arredrarse ante la falta de piso y ausencia de horizonte".

Ahora bien, para permanecer en pie de lucha, el autor propone valerse del estructuralismo y la hermenéutica como métodos eficaces para llevar a buen término su pretensión. Para lo cual toma en cuenta que el estructuralismo da la



Ave pinza II, s/f, lápiz sobre papel, 35 x 43.5 cm.

oportunidad de examinar la relación subyacente entre los elementos de una obra, más que enfocarse en el contenido, con la finalidad de hallar vínculos y estructuras similares entre escritos diversos, y la hermenéutica, al ser una operación que no comienza desde un punto cero, sino que es el continuo de un proceso que inició incluso antes de nuestro contacto con el texto, permite descifrar, interpretar y comprender el mensaje. Así, la interpretación del texto por el sujeto resulta un placer estético debido a la intención de comprender, y por ello no hay razón para afirmar que existe una diferencia esencial entre filosofía y literatura.

De no menor importancia es el apartado en el que se expone la tendencia de ambas disciplinas a

autonombrarse. Esta tendencia inicia desde el momento en que una obra queda clasificada como perteneciente a una familia o a un campo determinado. Pero se agudiza más cuando la nominación se considera superior a otros títulos y al hacer de una obra un referente sin permitir otra carta de presentación. Así, el texto se convierte en un afán obsesivo por autonombrarse, con lo cual de lo único que habla es de su pobreza ensimismada, fincada en el vacío de un discurso inerte y estorboso. El mecanismo de este autonombrarse comienza la mayoría de las veces con la legitimidad otorgada por instancias exteriores al fenómeno textual; es decir, a prejuicios no concientes, mecanismos de poder, connotaciones no críticas, escolasticismos dogmáticos, metalenguajes metafísicos, etcétera, que dan a los escritos una "legitimación espuria", en tanto que es contraria a la legitimación que debe ganarse porque no está dada. Esta última se gana para el contexto en cuestión y sólo para él, por lo que bien podemos llamar "legitimación auténtica", en tanto que es una interpretación hecha desde ese entorno particular.

Pero, ¿quién está autorizado para designar esa legitimidad? ¿A quién se le ha dado el poder para delinear lo que es legitimidad y lo que no lo es? La respuesta la encontramos expresada clara-

mente en la obra cuando resuenan las palabras de Gadamer y se afirma que la autoridad de las personas no tiene fundamento último en un “acto de sumisión y abdicación de la razón”, sino en un acto de reconocimiento y conocimiento; o lo que es lo mismo: la autoridad que otorga legitimidad es la de quien sabe juzgar el tema del que se está hablando. De ahí que jueguen un papel fundamental la intencionalidad con que se aborda y el carácter abierto de la obra, por medio de los cuales se expresa la legitimidad que el texto contiene y que hace falta develar.

Para finalizar la primera parte del libro, el autor propone que la exploración de sentido y significado de los textos conducen a concienciar que actualmente los argumentos pueden tener cierta debilidad en sus entornos políticos o incluso académicos, y cuando “los argumentos se agotan, comienza la fuerza. Los modos más seguros para llegar al agotamiento de las palabras, son variados pero reconocibles fácilmente: la violencia, [la] incomunicación indiferente, la displicencia ignorante, el afán de control y su desprecio por lo distinto a él, que no puede someter.” (Lazo, 2006: 107)

Sin embargo, esta fuerza se concibe de manera más profunda desde dispositivos históricos presentados por los discursos metafísicos que al querer explicar y justificar todo desde fuera, se presentan como violencia tanto con el conocimiento como con la realidad. Sobre todo porque al constituirse como “un discurso desde la exterioridad con fines de ordenación unívoca del mundo”, lleva la idealización a sus últimas consecuencias. El discurso *logofonocéntrico* deconstruido por Derrida es tomado por Lazo como ejemplo central de este discurso hecho desde la exterioridad del lenguaje que es ficticia, pues variados discursos tradicionales buscan dejarse oír y hacer oír lo que quieren que se oiga. Se trata de discursos cerrados cuya fuerza quiere ser —explica Lazo siguiendo a Derrida— una caja de resonancia en la que no hay lugar para otras opiniones, ya que se ha demarcado una jurisdicción filosófica como forma de poder explícita o implícita, generando con ello una fragmentación profunda por efecto del discurso cerrado de la metafísica.

Como contraveneno aparece la *escritura*, que quiere ocupar el lugar de la luz que emerge desde el horizonte para desarropar lo que no quiere descubrirse, ya que desde su terreno de la incomodidad no hay lugar para la tranquilidad. Se trata del terreno del riesgo, en el sentido de que no hay significado único al cual remitirse:

Si es posible hablar de una fragmentación profunda del discurso cerrado de la metafísica, como discurso peculiar

en el que se hace manifiesta la intencionalidad de poder (y hemos visto que en efecto esta fractura ya se ha dado), la literatura no se distingue tan palmariamente de la filosofía. O bien, decimos, no hay filosofía y literatura, sino *escritura*.

(Lazo, 2006: 141)

En la segunda parte de la obra, la postura que defiende Lazo es todavía más aguda, con otra de las acotaciones que busca demostrar es la relativa a la posesión de la verdad que dicen tener tanto la literatura como la filosofía. Surgen de inmediato algunas preguntas: ¿en qué consiste la verdad?, ¿la verdad con respecto a qué?, ¿la verdad de qué o de quién? Sin duda, estas cuestiones apuntan a un grave problema para el que las diversas disciplinas definen derroteros a fin de defender lo que para cada una es la verdad, aunque se fraccione así el conocimiento. Pero el autor comparte la idea de que ante este problema nada fácil de resolver, hay que abandonar toda *apropiación* de la verdad y pasar, como lo advierte Richard Rorty, de un *encontrar* a un *construir* la verdad.

El argumento planteado de esta manera concede al discurso filosófico dos beneficios significativos: por una parte al no considerarlo poseedor de la verdad, lo pone al nivel de otros discursos; pero por otra, le permite ser creado y recreado a partir de un criterio que no tiene nada de privilegiado. Así se pueden borrar cada vez más las fronteras entre la filosofía y literatura.

En un tono mayor, comparte la opinión de Rorty de que los problemas filosóficos no son tan fundamentales como se les ha querido ver, sino que son

tan transitorios como los problemas poéticos, y no hay una referencia a algo llamado humanidad que haga unos problemas más consistentes que otros; y si en algún momento de la historia han sido vistos de ese modo, ha sido solamente por su vigencia.

Para evitar la acusación de escepticismo y que se diga que se está alimentando la idea de que no podemos poseer la verdad, Pablo Lazo pone en juego el argumento ontológico de la verdad de la metáfora, sobre todo porque cuando la metáfora es controlada tiene la alta misión de llevarnos a la unidad de sentido. Más aún, sólo puede hablarse de metáforas en plural y no de una única metáfora referente al Ser como unidad o a una operación del sujeto que se dirija a lo "central", a lo "fundamental", a las cuestiones de "principio", a lo "propio".

Además, si quisiéramos encontrar una solución inmediata, la verosimilitud puede ser considerada como un nuevo criterio, pues con ella las palabras tienen una identidad propia al regirse por sus propias leyes, independientemente de si son referentes de lo real. Ahí se nos presentan las cosas como son, no como una referencia directa, sino a través de la insinuación como gesto estético. Con ello, la literatura puede desgajar la institucionalización y dureza del lenguaje entrando al mundo del signifiante, y al mismo tiempo, hay un entendimiento enteramente nuevo de lo que es reflexionar filosóficamente, ya que el texto filosófico es verosímil en la medida que defiende su pertinencia con respecto a otros textos, pero ésta es vencida en la intertextualidad.

Como otros autores contemporáneos, Lazo está convencido de que cuando el hombre abusa de algún tipo de racionalidad, abusa consecuentemente de las palabras, y es conducido a hablar sin límites y sin dirección alguna; y si llega a algún lugar, no será sino al reino de la ignorancia, la arrogancia o la violencia. En consecuencia, ante una razón cerrada que privilegia el discurso filosófico sostenido por la razón y niega una relación mínima con la literatura, es necesaria una razón abierta a los procesos comunicativos de la diferencia. Sólo una racionalidad que no distinga su uso de un uso lingüístico y que permanezca alerta a la pluralidad, evitará el sinsentido, ya que "el abuso de la razón toca con la irracionalidad".

En la parte final de *La frágil frontera de las palabras*, Lazo propone caminos para una argumentación que esté por encima del afán de sistematización total de algunos discursos, sobre todo filosóficos. Considera que el ensayo, como diseminación del lenguaje no sujeta a mecanismos de auto-blindaje y desprecio de otros discursos, puede formar parte de otras opciones de escritura. Se trata de tomar conciencia de que si bien se ha buscado desprestigiar al ensayo, que ha sido calificado incluso como un producto ambiguo al que se acusa de no alcanzar el rigor de la investigación científica y filosófica por entretenerse en las formas variadas de decir algo, pero el ensayo no pretende una coherencia absoluta, sino que se abre a una serie de interpretaciones sin medida, por lo cual desarticula y denuncia el pensamiento que lo devalúa como ideológicamente represivo. Esto equivale a decir que es una textualidad que se configura siempre desde su condición localizada, es decir, cultural.

Opera esta escritura, que por el momento ubicamos con lo que Adorno describió como *ensayo*, en el terreno de la concreción de las relaciones de la vida, esto es, desde y en las relaciones concretas del lenguaje en los diversos campos culturales. (Lazo, 2006: 224)

En el ensayo se piensa desde las mediaciones culturales con una libertad que le permite situarse de manera más fiel en la dinámica de esas mismas mediaciones. No pretende "demostrar" orígenes, principios, causas y consecuencias, pues "ser puro" es desde el ensayo lo más derivado. Su acción mediadora implica alejarse de la seguridad dada por el prototipo y la definición, y permanecer vigente gracias a las relaciones mutuas cuya finalidad es un mundo lingüístico concreto, circunscrito. El ensayo, por tanto, es una protesta que quiere liberarse del pesado caparazón de los discursos totalizantes, y se convierte en un tipo de escritura contrario a los sistemas rígidos de pensamiento y a la intención

de sistematicidad. Es el tipo de escritura que permite apreciar la libertad del espíritu que se pasea por todos los campos del saber, sin temor a ser coartado o sancionado por leyes o normas.

La estocada final al problema sobre la relación entre filosofía y literatura la da el autor en el último punto de reflexión de la segunda parte del libro, cuando analiza el problema de la recepción de los textos, que inicia en nuestros tiempos cuando muchos quieren escribir, publicar o elaborar grandes discursos, que lo único que tienen de positivo es no ocupar el lugar que pertenece a argumentos que quieren decir algo. Dicho en otras palabras: son discursos vacíos que lo primero que reclaman es una voz propia que les permita expresarse. Pero esta difusión de textos sin sentido está alimentada por la falta de crítica, la cual conduce a la actitud pasiva de sólo sentarse cómodamente a escuchar discursos podados y decorados, según sea el caso, y que no exigen ningún esfuerzo de interpretación ni de crítica, mucho menos de (re)creación. Basta con ser un escritor reconocido o que

un libro sea un *best seller* resultado de la mercadotecnia —incluso un *best seller* de filosofía erigido sobre las pleitesías academicistas— para que uno y otro se abran camino mediante un remedo en que el arte y la capacidad creativa se enmohecen.

Por ello, es necesario aventurarse a recorrer algunos caminos que alienten un conocimiento liberado de las estrategias de auto-posicionamiento. Y uno de estos caminos es sin duda el método hermenéutico, que permite la explicación de los elementos de comprensión del sentido de cualquier fenómeno, con la utilización de mecanismos con los que se logra un



Ave panza I, 1988, lápiz sobre papel, 35 x 43.5 cm.

La Cueva 106, octubre-diciembre 2008

entendimiento libre de influencias alterantes o distorsionantes, pues el sujeto que lo lleva a cabo en realidad lo sufre: a él le sucede la comprensión del fenómeno. Se trata de una forma de conocimiento mucho más dinámica, en la que se ponen en riesgo constantemente tanto los sentidos dados que están vigentes como los que van apareciendo en el proceso de la interpretación.

Ciertamente, en diversas ocasiones la lectura de un texto puede estar determinada ideológicamente por algunas necesidades o intereses que no son

los de la realidad estudiada, pero el acto de lectura depende de las intenciones de facto que aparecen con él, y no de ciertas condiciones marcadas por algún tipo de pensamiento que atiende más a las necesidades de un sistema que a la descripción del fenómeno de la lectura.

Esta postura de Lazo Briones permite saber que quién está llamado a enfrentar en toda su radicalidad la cuestión no es el pensador ni el escritor, sino el pensante y el escribiente. El camino lo debe emprender el ser, pero no el ser parmenídeo que se pierde en la oscuridad de la abstracción, sino el ser que está siendo, ya que no existirían la literatura y la filosofía si no existiera el ser que las construye, y que al construirlas se construye a sí mismo. De ahí que no se pueda hablar *de* literatura o filosofía desde fuera de ellas, sino desde dentro.

La filosofía y la literatura no pueden tener un objeto específico, puesto que su único objeto, que no es específico, es el pensamiento del mismo filósofo o escribiente. Cuando se piensa o escribe, el que piensa o escribe se incluye en el texto y ya no reconoce el texto como objeto específico de estudio, pues el texto al que se enfrenta no es "otro".



Presionada batalla, 1988, lápiz sobre papel, 43.5 x 35 cm.

sino el yo mismo que lo especifica y manifiesta. El texto escrito, independientemente de su manifestación formal, tiene ahora un carácter dialógico, que no consiste en un diálogo con un otro desconocido, sino consigo mismo, pues en el enfrentamiento con el texto éste devela una realidad que siempre habrá que examinar, unos problemas que denunciar, una verdad más profunda que aprehender, y todo ello no es de otro, sino que le corresponde al lector, pues su palabra habla ahora en él.

Visto el problema de esta manera, la relación entre filosofía y literatura constituye en nuestros días uno de los nudos más fuertes del desarrollo intelectual. Tanto la filosofía como la literatura aprehenden la realidad en correspondencia con su objeto, tomando en cuenta todas las formas aprehensivas de que dispone el hombre. Una filosofía que se aferre a tratados sistemáticos organizados en categorías y una literatura que no se deje enriquecer por la filosofía atentan contra el conocimiento y son estériles para la vida del hombre.

*La frágil frontera de las palabras*, de Pablo Lazo, pone las cartas sobre la mesa en un juego al que todos estamos invitados, pero no con reglas establecidas, sino *haciendo* juego; es decir, creando un juego en el que todos vamos a ganar. LC

Los aprietos de una pinza, s/f, lápiz sobre papel, 43,5 x 35 cm.



LCF 1995/06, octubre-diciembre 2008